



DISCURSO DUODÉCIMO

PECADOS PÚBLICOS

Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus.

Todas sus obras hacen para ser vistos de los hombres.

(MATTH., XVII, 4.)

EXORDIO

Legítimo a contrario.

CUATRO géneros de males hay en el mundo, dice el **Sa-**bio: La generación que maldice á su padre y no obedece á su madre; la generación que se tiene por limpia, y con todo eso no es limpia; la generación que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto; la generación que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra.—Generaciones infames, y por tanto justamente maldicidas de Dios en las santas Escrituras. Pero ¿sabéis, cristianos, cuál es la raza más infame y peligrosa del mundo, y así la más detestada por nuestro adorable Salvador? La raza de los fariseos, la generación de los hipócritas, que es decir la generación que se tiene por limpia y no es limpia, sino muy inmunda.»

Propon. 1.ª La peor raza, la de los hipócritas;

declárase por comparación é incremento,

«El mansísimo y piadosísimo Cordero trocábase en fierísimo león contra los tales, y ya los llama sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos á los hombres y dentro de ellos bullen la podredumbre y los gusanos; ya los apellida raza de víboras y muy solícitos en las ceremonias y apariencias de virtud, teniendo los corazones llenos de rapina y de maldad; ya los maldecía, porque, si hacían algunas

por el testimonio del Salvador;

obras buenas y pagaban escrupulosamente el diezmo de las legumbres y hortalizas, y repartían alguna limosna, publicábanlo á los cuatro vientos, para que todos los tuviesen por buenos y de todos fuesen reverenciados: *Omnia opera sua faciunt ut videantur ab hominibus*. Encubrían las abominaciones de su alma y fingían de fuera virtudes postizas y contrahechas con que, embaucado el pueblo, teníanlos por justos siendo injustos, por limpios siendo torpes, por santos y guardadores de la ley siendo perversos y ajenos del espíritu de la ley. Ralea vil y abominable, aborrecida de Dios y de los hombres.»

conclusión.

Propos. 2.^a por corrección y li- cencia.

Perece que los hi- pócritas son los escandalosos:

declárase por el dicho de San Pa- blo y

San Ambrosio.

Propos. 3.^a y general contra los pecadores públi- cos:

semillas de afe- tos de terror y vergüenza.

«Pero ¿qué digo? ¿Por qué me ensaño en los hipócritas? Ojalá, perdonadme, divino Salvador, si parezco desviarme de vuestras enseñanzas; ojalá que abundasen en nuestro siglo los fariseos; yo los excusara, y aun propondría por dechado á mucha gente escandalosa, que no se recatan si- quiera, como los antiguos Letrados y Sacerdotes, de hacer el mal á cara descubierta, y están tan lejos de sobredorar el vicio y esconder sus errores, que se precian de ello y los sacan á plaza en sus conversaciones, y cantan sus livianda- des al son de músicos instrumentos, y las representan públicamente con aplauso, y, en fin, como dijo San Pablo, gloríanse de su misma confusión: *Et gloria in confusione ipsorum* ¹. Nuestro siglo sobrepuja, pues, la maldad de la aborrecida Sinagoga; que si entonces la soberbia y vanagloria los llevaba á encubrir los vicios y á publicar las virtudes, hoy, rotos los diques á la vergüenza cristiana, llévanos á encubrir las virtudes y á publicar y hacer glorioso alarde de los vicios. Ya los cristianos se jactan de sus pecados, dice San Ambrosio, y tienen por caso de honra y fortaleza sus caídas y maldades: *Jam se christiani in flagitiis suis jactant, et ibi pulant insigne esse virtutis, ubi lapsus est criminis.*»

Así, que no os maravilléis si trueno hoy contra tamaña desvergüenza. Esto me atraviesa el corazón, esto punza y ensangrienta mi alma, ver que hoy día no se puede recabar de los pecadores que, ya que lo sean, sean pecadores modestos, por hablar así, y encubridores de su malicia.

¹ Phil., III, 19.

¡Oh enorme libertad! ¡Oh descaro intolerable! ¡Que haya tantos en el pueblo cristiano que se precian de mala vida y se alaban en público, y hacen profesión de ello, y quieren que todo el mundo los tenga por tales, y en este conoci- miento y creencia universal ponen su mayor alabanza: *Ut videantur ab hominibus!* Vosotros, hermanos míos en nues- tro Señor Jesucristo; vosotros, tan fervorosos en el cumpli- miento de la ley divina y tan verdaderamente cristianos, ayudadme á detestar tan feo atrevimiento; pues, aunque lo siento en mi alma, para explicarlo bien he menester los auxilios de la divina gracia y vuestro favor y benévola aten- ción.

Precaución ora- toria.

PRIMERA PARTE

II

¿No veis? Atajado me encuentro y sin palabras, como al principio recelaba; fáltanme conceptos correspondientes al asunto, y expresiones conformes á los conceptos y senti- mientos. Pero exclama por mí y divinamente desengaña el real Profeta á los blasonadores de sus vicios, diciendo: ¿Por qué te glorías en tu malicia, tú que eres robusto en la mal- dad? *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?* ¹. Donde en pocas palabras encierra, si no me equivoco, altí- simas enseñanzas. Porque ¿qué mayor ceguedad que hon- rarse en la impiedad y vanagloriarse de ella? Discurred por los oficios y profesiones de los hombres, y no hallaréis que nadie se engría y ande ufano de haber errado ó equivocá- dose groseramente. El ateniense Herodes, el declamador más célebre de su tiempo, mientras peroraba en presencia del emperador Marco Antonino, se perdió de súbito, comen- zó á titubear, y, no pudiendo dar con el hilo del razona- miento, hubo de bajarse de los Rostros ó tribuna pública. ¿Creféis acaso que se preció de su yerro? No por cierto; an- tes fué tanta la confusión, que vino á enfermar de grave-

Arg. 1.^a A com- paración. Transi- ción por corre- ción é hipérbole.

Prop. mayor. Na- die se gloria de haber errado en cosas de su arte ó profesión:

por ejemplos va- rios:

un declamador,

¹ Ps. LI, 3.

dad, y á peligro de la vida, por no arrostrar á ningún manjar; ¡tan desganado estaba é insoportable en su bochorno! ¿Vanaglorióse por ventura Lavieno de haber escrito libros que merecieron la reprobación del Senado? Antes fué tal su vergüenza, que se escondió vivo en los sepulcros de los muertos. ¿Quedó Sófocles muy ufano de aquella su tragedia, no recibida de los griegos con aplauso universal? No ciertamente, sino que de vergüenza y corrimiento se clavó una estocada en el costado. Y el valiente hijo de Emilio Escauró ¿cómo se hubo en el desastre é ignominiosa fuga cuando desamparó el campo de batalla? Que no osando parecer ante la presencia de su padre, él mismo se dió la muerte, con más vergonzosa cobardía.

Sólo el pecado, el mayor yerro y abominación del hombre, tiénese por gala y por materia de alabanza. Sorprende uno la castidad de la doncella, ó viola los fueros santos del matrimonio con ingenioso ardid y trama inicua, y ¡cómo se envanece de su empresa! Toma el otro venganza de su enemigo por medios arteros y ruines, y ¡cómo se pavonea con los suyos! Llega aquél á infamar á su rival, y derríbale con torpes calumnias del pedestal de su bien merecida nombradía, y le oírás cantar victoria y relatar su hazaña con fruición inexplicable. Si aquel abogado ó pleiteante llega con sus embustes y marañas á estrujar el bolsillo de la viuda, ¿no se jacta de su industria mal empleada? Y en estas vilezas ¿os honráis?, repetiré con David: *Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate?* ¿No hacéis profesión de cristianos? ¿Cómo, pues, os ufanáis y tenéis por honra lo más opuesto á vuestra noble y divina profesión? ¡Desventurados de vosotros! ¿Qué he de decir sino que es gravísima vuestra dolencia, honda vuestra llaga, irremediable y tan mortal la herida de vuestra alma, que difícilmente escaparéis de la muerte eterna?

III

Arg. 2.º A consuetudinibus. Difícilmente os salvaréis, porque estáis desahuciados, pues pedís tan sin vergüenza.

No se me esconde que no deben los médicos espirituales desahuciar á ningún enfermo, por grave que esté, según la sabia advertencia del gran Pontífice León. Mientras se vive

en este mundo, de nadie hay que desesperar, sino que de todos hay que desear corrección y penitencia: *Dum in hoc corpore vivitur, nullius est desperanda reparatio; sed omnium est optanda correctio* ¹. Mas todavía, ¿de quiénes hay menos que esperar sino de aquellos pecadores que pecan con mayor desalmamiento? Porque ¿quién ignora que el pecar tan desvergonzadamente es indicio de costumbre envejecida? Nadie, la primera vez que peca, peca con descaro. ¡Tan arraigado está en la naturaleza racional el aborrecimiento á la culpa! ¡tal horror le causa la ofensa de su Majestad y el quebrantamiento de las leyes eternas! Alarga, si, la mano á la golosina del vedado fruto, pero con timidez; cómelo, pero con mil recelos y sinsabores. De aquí que se huya de lugares frecuentados, que se busquen las sombras, que se recaten de todo y, gozando de la maldad, todavía esconden la maldad, como sabiamente observa Séneca: *Omnis peccata dissimulant, et quamvis feliciter cesserint, fructu illorum utuntur, ipsa subducunt* ². Todos disimulan los pecados, y, si les salen felizmente, aprovechéanse del fruto; pero encubren la maldita y criminal raíz. Y no imaginéis que nace este sobresalto del temor del castigo, si llega á descubrirse nuestra falta, no; que, aun dado caso que estuviéramos seguros de la impunidad, si somos principiantes y como novicios en el mal, queremos encubrirlo, procuramos echar ceniza encima, que nada se trasluzca por de fuera, y nos corremos y avergonzamos grandemente si se sabe. Lo cual debe atribuirse necesariamente al horror natural á todo lo que tuerce ó contradice á la razón.

IV

¿Qué delito podía cometerse en la tierra con mayor impunidad que el fratricidio de Abel? Ruégoos que paréis en ello vuestra atención. No había entonces tribunales de justicia, no se conocían fiscales y acusadores, no se pensaba entonces en jueces y verdugos; la palabra suplicio era vocablo

Pruébalo por los contrarios: el primer pecado causa gran rubor!

por los efectos,

por testimonio,

por razón: es un horror que naturalmente causa el pecar.

Arg. 3.º ó confirmación del anterior, por el fratricidio de Cain.

Éste es horrorizo. Luego, si no tembláis al pecar, pecaréis como Cain; desahuciados estáis.

¹ Serm. 4 de Epiph.—² Epist. 67.

desoído entre los hombres. Pues ¿de quién había de temer Caín? No existía en la haz de la tierra más que una sola familia, como parece sentir el glorioso San Ambrosio, la cual, si tras la muerte de Abel hubiera castigado el crimen con la muerte de Caín, quedaba sin hijos; mas si había otras familias, según opinión más probable, ¿quién había de tocar al matador, siendo, como era, el mayorazgo y primogénito del linaje humano, joven robusto, de gallarda disposición y extraordinaria valentía?

Y, sin embargo de esta inmunidad, ¡qué de cautelas no tomó al intentar por vez primera la perpetración de su pecado! Imagínome que cuando, herido su corazón con el torcedor de la envidia, determinó la primera vez de matar al inocente y candoroso hermano, se le erizaron los cabellos de horror y helósele la sangre en las venas; esto y no otra cosa significa el sagrado texto al decirnos de él antes de la sacrilega matanza que andaba cabizbajo y cariacontecido: *Concidit vultus ejus* ¹; como dando á entender que tenía el color amortiguado, arrugado el ceño, los ojos hundidos, perdida la paz y todo el semblante desfigurado. ¡Qué noches tan inquietas y desasosegadas pasaría! ¡Qué sueño tan mal dormido! ¡Qué pesadillas tan tenaces é importunas! Y ya que se resolvió á poner en efecto su pensamiento, ¡cuánta disimulación y rodeos para encubrir su maldad! Convidó al bonísimo de Abel á tomar consigo algún esparcimiento en el campo, diciéndole con la sonrisa en los labios y la pozoña en el corazón: *Egrediamur foras* ². Desvióle de poblado, buscó un escondrijo en la espesura de la soledad, y, acometiéndole improvisamente, le mató á traición: *Cumque essent in agro, consurrexit Cain adversus fratrem suum Abel, et interfecit eum* ³. Y ¿á qué tantas diligencias? ¿No era, por ventura, mayor de edad y más forzado? ¿No estaba más apertibido? Abel, como nada receloso, andaría siempre inerme y desapercibido; mas Caín, que tramaba el atentado, iría siempre pronto y aparejado á su atentado criminal. Y con todo, ¡qué de reservas y precauciones, cuantas apenas se usan en nuestros días, donde, para terror de los malos,

Antec. por las circunstancias antes del crimen:

sustentación,

señales y demostraciones de horror.

En el crimen, mil precauciones y reservas;

Ilustre sustentación.

¹ Gen., IV, 5. — ² Ibid., 8. — ³ Ibid., 8.

vigilan tantos ministros de justicia, entáblanse tantos procesos, ejecútanse tantas penas y suplicios!

¿Quién no ve en ello pintado al vivo el horror que causa el pecado al pecador la primera vez que se introduce en su ánimo? No osa entonces presentarse el vicio á cara descubierta; disfrázase, oculta su fealdad. La rabia se viste de benevolencia; la envidia, de afabilidad; el odio, de amor; y sobresaltado el ánimo, huye el hombre aunque no haya quien le persiga; escóndese, aunque nadie le mire; dale vuelcos el corazón y teme el infeliz, aunque no tenga quien castigue su maldad.

Y en corroboración de esto, ¿sabéis, oyentes míos, la pena que impuso Dios al fratricida Caín? No que la tierra lo tragase vivo, como á Nadab, ni que lo abrasase el cielo y lo redujese á cenizas con sus rayos; mas, en lugar de todos los tormentos, dejóle con solo el temor: *Pro his omnibus solo timore cruciatur* ¹. Pero ¡qué temor tan espantoso, al fin como de quien comienza á pecar! Porque, tierna la conciencia y desacostumbrada al vicio, no es creíble las agnias que pasa, las furias que la atormentan, las sospechas que le cercan y despedazan, y la vergüenza que le confunde y le devora. *Omnis qui invenerit me, occidet me* ². Todo el que me encontrare, me matará, exclamaba despavorido, congojado; todo el que me encontrare, me matará; como si todo el mundo hubiese de saber su felonía; como si hasta las fieras y bestias de los montes hubiesen de tomar venganza y mostrar su pena devorándolo. «Tal es, concluye divinamente el Crisóstomo, la costumbre de los pecadores en los primeros pasos de la maldad. Recátanse de todo, tiemblan hasta de las sombras, espántales el zumbido de una mosca, imaginándose que todos van á cogerlos y matarlos» ³.

Decidme, pues, oyentes míos: si tal horror produce el pecado en el corazón la primera vez que entra y se apodera

¹ De Prov., I, 1. — ² Gen., IV, 15.

³ Talis est peccantium consuetudo, cuncta suspecta habent, omnes umbras tremunt, omnem strepitum timent, quemque putant contra se venire. (Hom. 8 ad pop.)

de él, que en un Caín, que debía tener pecho de bronce y corazón de fiera, hizo tanta impresión y ocasionóle tan extraño accidente, ¿qué diremos en nuestros miserables días de aquellos que, pecando, no sienten ni se conmueven nada? Cometieron abominaciones y no se afrentaron, como dice el Señor por Jeremías: *A bominationem fecerunt, et confusione non sunt confusi* ¹. ¿Qué diremos, torno á repetir, de aquellos que no solamente no sienten turbación, antes gran satisfacción y contento; no sólo no buscan la soledad, pero desean la concurrencia; no sólo no se recatan con disimulación, pero se desvergüenzan á la faz de todo el mundo? Respondedme, os pido: ¿qué sentís de los que se alegran cuando han pecado, y, pasando más allá, se regocijan y alborozan, como se lastima el sabio, en cosas perversísimas y abominables? *Laelantur cum male fecerint, in rebus pessimis* ². ¿No es muestra evidente de corazón encallecido en la maldad, que ha vencido las primeras resistencias y despedido los primeros sobresaltos, y acallado los primeros remordimientos?

Mientras batallan en el alma las primeras contradicciones, imposible es llegar á tanta licencia y desenfreno. Aquel gusano mordedor que roe la conciencia, es increíble la tristeza y pesadumbre que trae. Por más que se procure ocultar su veneno, transparéntase en el rostro, marchita el color, seca las mejillas y desfigura todo el semblante. De forma que si, por desgracia, no se revelan en el pecador estas señales de confusión y tristeza, sino de alegría y libertad, ¡malaventurado de él!, tenedle por desahuciado y sumido en la más profunda sima del pecado, según el dicho del Espíritu Santo en los Proverbios: *Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit* ³.

V

Donde es de considerar que no determina el Espíritu Santo qué linaje de desprecio sea éste, sino que en absoluto

er., viii, 12.—² Prov., ii, 14.—³ Prov., xviii, 3.

dice: *impius cum in profundum venerit peccatorum, contemnit*. Desprecia todos los remedios. El impío, cuando llega al profundo del pecado, menosprecia. Porque, una vez rota la vergüenza, que consigo trae el ofender á Dios, no hay freno que no rompa, ni respeto que no desprecie. Dadle un consejo saludable, y lo desprecia; hacédle severas amenazas, y las desprecia; encarecedle la monstruosidad del pecado mortal, y no hace caso; mostradle los infiernos, abierta la garganta para tragarle, y vuelve la espalda. En una palabra, todo lo desprecia, á todo más duro que las piedras. Menosprecia los avisos, menosprecia las súplicas, menosprecia los castigos, no hace caso de los hombres, riese del mismo Dios, y lleno de presunción osa decir: ¿Quién es nuestro Señor? *Quis noster Dominus est?* Por donde, concludid, hermanos míos, cuán escasas esperanzas de salvación eterna tienen estos miserables. Porque ¿cómo se enderezará lo que tanto tiempo está torcido? ¿Cómo despertarán, si están sordos al remordimiento? ¿Cómo se encaminarán derechamente, si es cómplice y traidora la conciencia? No es probable su salvación, pues tan improbable es su conversión.

Que se convierta quien peca con cierta timidez, con recelo y alguna sombra de pudor, no es difícil, como lo expresa el mismo San Gregorio por aguda manera: Cuando un hombre se avergüenza de parecer de fuera lo que no teme ser de dentro, llega á avergonzarse de ser de dentro lo que rehuye parecer de fuera: *Quia dum mens erubescit videri, quod tamen esse non meluit, erubescit quandoque esse, quod fugit videri* ¹. Y es así, que, quien se corre de parecer malvado, viene, andando los días, á correrse de serlo; pero ¿cómo se avergonzará de serlo quien no se avergüenza de parecerlo? El último afecto de que el malo se despoja, es del deseo de parecer bueno y honrado; y por esta causa da el averiado á su tacañería el nombre de economía ó parsimonia, como Judas cuando se azoró al ver derramado el unguento de la Magdalena sobre la cabeza del Salvador, con tanto perjuicio de los pobres; y el cobarde da á su cobardía el nombre de cautela, el arrogante á su soberbia el de magnanimidad, y

Desprecia todos los remedios.

por comoración

y repetición;

luego no puede convertirse: luego no puede salvarse.

CONFIRMACIÓN ² por parte del hombre: a contrario.

Quien peca con empujón es fácil que se trueque,

por testimonio y por razón;

lo último de que el pecador se despoja, es del deseo de parecer bueno;

¹ Past p. 3. adm. 32.

el cruel á su ferocidad el de justicia, y así los demás vicios duermen á la sombra de hermosísimas virtudes.

Jezebel,

¿Qué mujer más páfida y descarada que la páfida Jezebel? Y todavía no se desvergonzó tanto que se alabase de haber robado la hacienda á un particular, sino que se cubrió con el manto de la religión. Hizo ver que era preciso castigar como blasfemo al infeliz Nabot; publicó un ayuno general, congregó á los ancianos, y tuvo con ellos juntas ó concilios acerca del presunto desacato. ¡Cuán lejos estaba de hacer alarde de su maligno corazón! Con el mismo disímulo procuró Ammón disimular su incontinencia y amores no castos so color de enfermedad; así Amán disimulaba su saña con pretexto del bien de la república. Cuando, por consiguiente, llega el pecador á descararse tanto que, hollando todo respeto, se gloria de sus locos atrevimientos, y alardea de malo y quebrantador de la divina ley: *Exultat in rebus pessimis*¹, fuerza es confesar una de dos cosas: ó que no reputa el pecado por gran falta, ó que no tiene por azote ni mengua el ser infamado y deshonrado. Y llegado á tal extremo, ¿qué esperanza habrá de reducirlo? ¿Quién le abajará la cerviz al yugo santo del Señor?

Ammón,

Amán.

Consec. y razón profunda por vía de dilema.

¿Reducirlo? ¿Abajarle la cerviz? Antes tened por cierto que será severamente castigado al par de su padre Lucifer. Porque, reparad que también Lucifer se envaneció muy soberbia y pomposamente. Pero ¿en qué estribaba su desvanecimiento é hinchazón? En la soberana hermosura de su espíritu: *Elevatum est cor tuum in decore tuo*; así se lo echa en cara el profeta Ezequiel, razonando con el ángel caído². Vanaglorióse de su entendimiento el más vasto y perspicaz, de su ciencia la más profunda, de su naturaleza y dignidad la más alta y encumbrada; vanaglorióse de los rubíes y diamantes con que la mano del Hacedor esmaltara su corona, la más resplandeciente del empireo; vanaglorióse de ser la imagen más perfecta de la divinidad, el dechado más cumplido de sus perfecciones, la criatura más vecina al Criador, y tan vecina que entre él y Dios no cabía ni concebía ser ninguno. Pues en este colmo de hermosuras y grandezas,

(repetición é incremento).

¹ Prov., II, 14. — ² Ezeq., XXVIII, 17.

paréceme excusable hasta cierto punto su vano engrandecimiento y soberbia, conforme á la sentencia de Isaías: Tu sabiduría y ciencia te engañaron: *Sapientia tua et scientia tua, haec decepit te*¹. Mas estos menguados é infelices pecadores que se envalentonan con su iniquidad, y se enorgullecen de estar henchidos de infamia y abominación; éstos que se precian de ser y parecer hediondos en el acatamiento de la divina Majestad; éstos que ponen su gloria en tener un alma depravada, un corazón inmundo, un cuerpo corrompido y un vivir como los brutos animales, ¿qué excusa alegarán de su envanecimiento en el tribunal de Dios? ¿Qué indulgencia esperan de los divinos ojos? ¿Creen que los sufrirá, hinchados vanamente con sus vicios, quien no sufrió á Luzbel, ensoberbecido de sus altas perfecciones?

Luego mucho más á los que se jactan de su maldad.

por repetición enfática y aumentación.

No, cristianos; antes teman y escarmenten los tales en cabeza ajena; teman los rigurosos castigos con que humilló Dios á los soberbios. Comoquiera que, si fué penado con tal severidad un gigante filisteo, porque se jactó presuntuosamente de sus fuerzas; un Absalón, porque se pavoneaba en su hermosa cabellera; un Senaquerib, porque hizo ostentación de sus ejércitos; un Amán, porque se engrió con su privanza; un Antíoco, porque se desvaneció en sus victorias; un Herodes, porque se hinchó neciamente con su elocuencia; un Nabucodonosor, porque se deleitó en la suntuosidad de los edificios; un Ezequías, porque mostró con vano complacimento sus tesoros; y, lo que es más de maravillar, un Fariseo², porque se agradó demasíadamente en sus ayunos y abstinencias, en sus diezmos bien pagados, y en sus limosnas repartidas con liberalidad; ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué será de vosotros, que hacéis presuntuoso alarde, ¿de qué cosas?, de vuestras liviandades, de vuestros hurtos, de vuestros embustes y amancebamientos, de vuestras supercherías y maldades, y, en lugar de encubrir las como baldón y afrenta, las sacáis á plaza como hazañas memorables? Esperáis que os sufra Dios, cuya ojeriza á los vanagloriosos es tan grande, como dice Judit, que hasta á los que se glorían de la virtud los humilla con su diestra?

Más castigos,

en Goliat y Absalón.

en Senaquerib y Amán.

en Antíoco y Herodes.

en Nabucodonosor y Ezequías.

en el Fariseo.

Consec. por antitético y repetición apoyada.

¹ Is., XLVII, 10. — ² Luc., XVIII.

portestamiento di-
vino. *De sua virtute gloriantes, humiliat*¹. Y ¿queréis vosotros que os perdone? No, cristianos, no puede ser; porque esta licencia y público desacato traspasa toda medida y enciende en el pecho de Dios un ojo inextinguible.

Arg. 5.º

VI

CONFIRMACIÓN
de la última par-
te.Los pecados pú-
blicos2) Mieren más
a Dios, por com-
paración del hom-
bre:por la mayor des-
honra que hace y
desestima que
muestra:(exposición, repe-
tición, incremen-
to).3) Dificultosamente se perdo-
nan:por autoridad del
Crisóst. y

Y ¿quién no experimenta en sí este efecto de la injuria recibida? Si alguien nos ofende en particular y, como si dijéramos, á puerta cerrada, llevámoslo á mal, pero, en fin, somos fáciles en perdonárselo. Nadie lo sabrá, nada se traslucirá del caso, y con esto nos parece que no se menoscaba tanto nuestra reputación. Mas si el ofensor pregona la injuria con jactancia, ¡qué ira, qué indignación sentimos! Cerramos los oídos á intercesores, desecharnos las paces, no queremos admitir disculpa. Parécenos que sólo la sangre es capaz de borrar tal mancha en nuestra honra.

Pues imaginad que, en su manera, pasa lo mismo respecto de Dios nuestro Señor. Oféndele uno secreta y escondidamente, con recelo, con timidez, con sobresalto del corazón; pues éste no muestra tanto menosprecio, y así no irrita tanto á su divina Majestad. Mas ¿qué desestima no muestra quien hace gala de ofenderle? Señales da, y como protesta á la faz de todo el mundo, que él no hace caso de los mandamientos de Dios, ni teme sus amenazas, ni cuida de sus obras, ni acata su poderío, ni le importa su amistad, y, en confirmación de ello, parece que pone por testigos de su inicua protestación á todos los sabedores de su crimen. Por tanto, no es maravilla que tan á speramente castigue Dios esta descocada publicidad en el pecar.

Averiguado es, oyentes míos, que un pecado secreto, aunque más grave, es más fácilmente perdonado; y otro público, aunque más ligero, difícilmente queda sin castigo. Tal vez² no osaría yo declararlo tan terminantemente, si no me alentara á ello la autoridad del Crisóstomo. Sus palabras son explícitas: si uno, dice, ha pecado gravemente,

¹ Judith, vi, 15.

pero á escondidas, menor pena recibirá que quien pecó ligeramente, pero con desvergüenza¹. ¿Y no lo declaró el Señor muy bastante en uno de los amigos más privados que ha tenido sobre la tierra? Oíd el lance sucedido con Moisés.

Para llevar al pueblo judío á la tierra prometida, pasó más trabajos el gran libertador que cualquier capitán para tomar una plaza é introducir en ella sus ejércitos. ¡Qué no hizo con Faraón! ¡Qué no trabajó para desbaratar las trazas de los magos hechiceros! ¡Qué pecho para resistir á las iras del tirano! Y salidos finalmente de Egipto, ¡cuántas penalidades en el desierto! Capitanecía y como llevaba sobre sus hombros una muchedumbre sin cuento de hombres y mujeres, de niños y viejos, de fuertes y achacosos, todos de genio tornadizo, de antojadiza voluntad, de corazones incrédulos, de frente dura, de manos prontas á la venganza y pesadas para el trabajo. ¡Cuántas veces lo vió tumultuar y rugir contra él, como las olas del mar alborotado! Maltrataron á su caudillo con malas lenguas, le irritaron con sus discusiones, le ensordecieron los oídos con importunas quejas, le infamaron con atroces calumnias, le acometieron impetuosamente á pedradas. Y ¿no fué menester que más de una vez bajase Dios á defender á su siervo contra los revoltosos, ora reprimiéndolos con incendios, ora con terremotos, ora con generales pestilencias?

Fuera de esto, á él incumbía el cuidado de la guerra, siéndole forzoso, por lo tanto, ir siempre con las armas en la mano, haciendo frente á las huestes enemigas que le embarrababan el camino. Él ordenaba los escuadrones en batalla, él daba corte en las querellas de su pueblo, él componía las enemistades, él enseñaba la ley y religión, él dirigía los movimientos de la guerra y concertaba los negocios todos de la paz. Y tanto afanar, y tanto desvelarse, todo para poseer la tierra de promisión. Y, esto no obstante, cuando se llegaba el feliz momento, no quiso su Majestad que Moisés se llevase la gloria. ¡Oh qué desconuelo el de aquel anciano cuando, en los umbrales mismos de la tierra prometida,

¹ Etiam si graviter quis peccavit, et clam, minorem dabit poenam, quam qui leviter peccavit, idque impudenter. Contra concub.

ejemplo de Moisés.

Ilustración ora-
toria:

exposición

Moisés en Egipto,

en el desierto,

en tiempo de paz,

en tiempo de guerra (enumeración, repetición).

Ni lo por sustentación! ¿por qué no pudo entrar?

oyó la intimación de su muerte! *Vidisti eam, et non transibis ad illam* ¹. La has visto, pero no la gozarás. Había derramado tantos sudores, y otro recogía el fruto; había sobrelevado mil molestias, y otro llevábase la honra.

por corrección,
nueva suatente,
ción.

Pregunto yo ahora: ¿por qué el Señor se hubo tan severamente con Moisés? ¿Quién de vosotros atinará en la causa del divino enojo? ¿No era, por ventura, en sus costumbres arregladísimo, en sus iras mansísimo, en el culto de Dios muy fervoroso y celador ardiente de la ley? Así era, en verdad. Mas, porque en una ocasión dejöse deslizar en ciertas palabras no bien consideradas, enojöse Dios tan amargamente contra él, que no fué posible amansar su cólera en adelante. ¿Sabéis el suceso? Desmayada de pura sed andaba su gente por el desierto, y amotinándose en torno del caudillo, pedíanle con voces amenazadoras que les diese de beber. Él, mohino por demás, y harto ya de tanta contumacia, levantó en alto la prodigiosa vara, y con voz fuerte y airado semblante, *¿Qué es esto, dijoles, oh rebeldes? ¿Queréis que broten fuentes de la peña? Num de petra hac vobis aquam poterimus ejicere?* ² Mas, reportándose luego, viendo que había hablado con poca confianza, quiso enmendar con la mano el deslíz de la lengua, hirió la peña viva, y, á pesar y despecho de su escasa fe, víéronse brotar frescos y copiosísimos raudales. Pero ya fué tarde. Porque Dios nuestro Señor, no pagado con aquella satisfacción, le significó en seguida que no gozaría del cumplimiento de sus promesas quien había titubeado en la verdad de ellas. Bien merecida pena de su incredulidad.

¿Por qué no casti-
gó otras desconfianzas de Moisés?

Pero mi corazón no se aquieta. Porque, decidme, ¿era por ventura aquella la primera vez que Moisés desconfió? Otras muchas había vacilado la esperanza del buen viejo, y, por cierto, con mayor cobardía. Averiguada cosa es que, no sabiendo en cierta ocasión cómo dar de comer á tanta gente, desconfió hasta de que Dios pudiese proveerles, y se las tuvo, diríamos, con él, y le llamó de impotente y de falso promotor. Oid su atrevido lenguaje: Seiscientos mil van de á pie, y ¿tú dices: Yo les proveyeré de carne un mes en-

enumeración

¹ Deut., xxxiv, 4. — ² Num., xx, 10.

tero? ¿Quieres acaso que matemos toda la muchedumbre de bueyes y carneros de la tierra para mantenimiento de la gente, ó que se junten en uno todos los peces del mar? ¹ Y, no obstante, el Señor le responde con suma apacibilidad y mansedumbre que los hechos hablarían. Por ventura, díjole, ¿el brazo del Señor ha enflaquecido? Ya verás si mis promesas se cumplen: *Numquid manus Domini invalida est? Jam nunc videbis, utrum meus sermo opere compleatur* ². Y antes de esto ¿no se mostró rehacio á la voluntad divina? No la contradijo en Egipto al mandarle Dios que se presentase á Faraón? ¿Con qué ahinco desvió los hombros de la carga cuando se le ordenó que llevase á Israel por el desierto! ¿Cuántas veces y cuán apocadamente se quejó de Dios y desmayó de pesadumbre, y llegó á pedirle que le matase de una vez, porque no podía con tantas penalidades y trabajos! *Obsecro ut interficias me, ne tantis afficiar malis* ³, como si su Majestad no pudiese protegerle, ni su bondad quisiera consolarle. Y, sin embargo, por nada de esto le castigó el Señor; antes bien le respondía amigablemente, esforzaba su esperanza y reanimaba su espíritu con nuevas prendas de cariño. Sólo cuando se deslizó en la lengua, junto á la peña del desierto, se airó Dios contra él, y le castigó con aspereza inflexible.

y dialogismo.

¿Por qué tanto rigor? No me lo preguntéis á mí, que ninguna autoridad tendría mi respuesta, sino al gran Crisóstomo, que dice: Nada pudo privar á Moisés del galardón prometido, sino lo que aconteció en el agua de la contradicción, lo cual, aunque por su naturaleza era mucho menor, fué tenido por mayor y más grave desacato. Y ¿por qué causa? Porque aquellas resistencias y desacatos fueron cometidos oculta y privadamente, mas este último manifestamente y á la faz de todo el pueblo ⁴. ¿Puede darse explicación más

Desentlace: la causa fué la publicidad de su pecado:

por autoridad del Crisóst.

¹ Sexcenta millia peditum sunt, et tu dicis: Dabo eis esum carniium mense integro? Nunquid ovium et boum multitudo caedetur, ut possit sufficere ad cibum? Vel omnes pisces maris in unum congregabuntur? Numer., xi, 21-22.

² Ibid., xi, 23. — ³ Ibid., 15.

⁴ Nihil aliud potuit Moysen propositis praemiis privare, quam solum illud, quod apud aquam contigit; quod natura quidem minus aliis erat, sed

clara? El pecado de la peña, aunque más liviano, fué público; los otros, aunque en sí mayores, quedaron ocultos. Nadie los vió, nadie los oyó, nadie se escandalizó, y así no hizo Dios tanto sentimiento, ni mostró tanta amargura. Mas del otro fué conoecedor y testigo todo el pueblo, y así, por más que Moisés no solamente no se alabó de ello, sino que lloró su desatino muy de veras, todavía, por haber sido público, no pudo quedar impune.

Conclusion por comparación con los pecados ocultos.

Hermanos míos, cuando pecamos dentro de nuestras paredes y en lo secreto de nuestras estancias, hacemos mal, muy mal, y ultrajamos á su divina Majestad, cuyos ojos penetran las tinieblas, y no se les esconden los obradores de maldad, como nos avisa el santo Job: *Non sunt tenebrae, ut abscondantur ibi, qui operantur iniquitatem*¹; pero, no obstante, cabe entonces alguna esperanza más fundada de perdón. Mas cuando el pecado es público, temamos, hermanos míos, y temblemos, porque la cuenta que se demandará será rigurosísima y el castigo terribilísimo. Pregonaron su pecado y no lo encubrieron, exclama Isaías: ¡ay desventurados de ellos!, ¡ay de sus almas! *Peccatum suum praedixerunt, nec absconderunt; vae animae eorum*. Y ¿por qué, desventurados? Porque, responde, con grandes castigos han sido castigados: *Quoniam reddita sunt eis mala*². Pero, ¿cómo? Quien amenaza ¿no propone males venideros? Debia, pues, decir: ¡Ay desventurados de vosotros!, ¡ay de vuestras almas!, porque con grandes castigos habéis de ser castigados, y no con grandes castigos sois de presente castigados. Cristianos, tan cierto es el castigo de los hombres escandalosos, que puede darse por presente.

y terribles castigos de los públicos.

por testimonio divino.

Arg. 6.º
Confirmación a consecuencia.
Los pecados públicos son los que más infaman nuestra religión:

VII

Y en hecho de verdad, ¿qué pecados son los que más desdoran el nombre de Jesucristo y nuestra sagrada reli-

multo majus judicatum. Illa enim privatim et occulto accidebant; hoc autem manifeste, et apud omnem populum committebat. Contra concub.

¹ Job, xxxiv, 22. —² Is., III, 9.

gión entre los enemigos de ella? ¿Los secretos y escondidos? No por cierto; los públicos, entendedlo bien, hermanos míos; los pecados públicos son los que la infaman y desautorizan feamente. El saber los herejes y gentiles que en el pueblo cristiano hay mercados y ventas públicas de honestidad, y una Tamar en cada calle ó esquina; que públicamente se enseñan en los teatros las artes de amar y ser amado; que se adornan los salones con cuadros indecentes; que en parajes públicos se venden libros licenciosos y pinturas provocativas; que en las veladas y tertulias se usan mil chistes poco cristianos, por no decir obscenísimos; que en las públicas academias se leen poesías deshonestas, atizadoras de brutales apetitos; que hasta en las iglesias se tienden lazos á la honestidad y se galantea por ventura en ellas y se permiten las vistas requebradas, las palabras amorosas, las conversaciones tiradas, como en la plaza pública; que se estilan las usuras exorbitantes, y que pasan como industrias las artimañas más inicuas y las extorsiones más sangrientas; que públicamente se mantienen honradas enemistades, no reputadas por crímenes, sino por rasgos de valentía; que públicamente es loada la contumacia contra los legítimos superiores; que se despedaza sin rebozo la fama de los religiosos; que públicamente se vitupera el estado y las personas eclesiásticas; que el sacrosanto nombre de Dios (lo diré, aunque sólo oirlo me hace estremecer las carnes), que el sacrosanto nombre de Dios es públicamente blasfemado en calles y plazas, en las tiendas y talleres, en los sitios más frecuentados, como si fuese el nombre de algún salteador ó bandolero, sin que apenas haya quien se espante de ello, como fuera razón; estos y semejantes delitos desautorizan la fe de Jesucristo entre sus enemigos, y hacen que sea hollada ó menos estimada su Majestad por los gentiles y herejes: *Blasphemare faciunt nomen ejus in gentibus*.

por enumeración amarga y sublime de ellos;

(repetición é incremento).

Luego con razón los castiga Dios más severamente.

Mientras éstos entienden que en el pueblo cristiano, si se peca, se peca de puertas adentro, y que anda el crimen como á sombra de tejado, persuádense que entre ellos se estima la virtud, porque nadie esconde aquello de que se precia; pero cuando ven que se cometen los pecados á cara descu-

A contrario

de los pecados ocultos.

bierta, que se tienen por bizarria, que se publican á voz de pregonero, ¿qué han de decir? Pensarán que está desacreditada la bondad y recomendada la malicia; pensarán que entre los cristianos, no solamente se tiene por afrenta ser discípulo de Cristo, sino por gloria serle contrario y enemigo.

VIII

Arg. 7.^oCONFIRMASE ESTE
ÚLTIMO, Y PERORACIÓN.

Porque, ¡oh infamia del nombre cristiano! ¡Cuántas veces llegamos á tal extremo de impudencia, que los pecados de suyo privados y secretos hacémoslos públicos con referirlos! No basta que nuestras liviandades broten en la obscuridad, sino que nuestra desvergüenza las saca luego á la pública luz del mundo. No basta que se fragüen en nuestro corazón malos pensamientos, juicios mal fundados, envidias ponzoñosas, sino que, arrancando nuestros crímenes de la cuna donde nacieron, los paseamos por las calles y encrucijadas; y para que no se cometa delito que no sea público, publicamos hasta los más secretos. Y ¿parécenos pequeño daño? ¿Parécenos si tendrán buen fin los que traen tanta mengua á la religión católica, y tanto descrédito á la gracia de Jesucristo? *Vae animas eorum, quoniam reddita sunt eis mala!* ¡Ay de sus almas! ¡ay de sus almas!, torno á decir, porque con grande castigo han sido castigadas. No es pecado éste que tan fácilmente se perdona.

y la terribilidad y proximidad de su castigo.

¿Por ventura, decía Dios irritado á la prevaricadora Jerusalén, por ventura las carnes santificadas apartarán de ti las abominaciones en que te vanagloriaste? *Numquid carnes sanctae auferent a te malitias tuas, in quibus gloriata es?*¹ Como si dijera: más que víctimas son menester para aplacarme. Bastaran éstas y la sangre derramada de toros y becerros para lavar tu iniquidad, si las hubieras cometido con vergüenza y llorado con amargura; pero, pues que te has desmandado tanto que te engrías en ella, *malitias tuas in quibus gloriata es*, ya pronto llevarás tu merecido. Mira la destrucción á tus puertas. ¿No sientes retemblar tu suelo

Afectos de terror, por prosopopeya,

hipotiposis

¹ Jer., XI, 15.

y vacilar tus murallas? Ves aquí los caldeos, oye el relinchar de los caballos que vuelan contra tí á desagrarivar mis ofensas. No me importan tus sacrificios, asco me da el estiércol de tus solemnidades, y me hieden tus holocaustos. *Sangre quiero, y en tus ruinas sepultaré mis agravios. Numquid carnes sanctae auferent a te malitias tuas in quibus gloriata es?* Así amenazaba Dios á la ciudad de Jerusalén. Plague al Señor no tenga que hablar con la misma aspereza á nuestras villas y ciudades. Procuremos nosotros con las obras aplacar su justa indignación, antes que estalle sobre nuestras cabezas.

hiperbole.

Conclusión.

PARTE SEGUNDA

IX

DOS PUNTOS
PRÁCTICOS.

Dos cosas restan que tratar, en orden á la publicidad del pecado, que hasta aquí hemos tan enérgicamente combatido. La primera, qué hay que hacer para resarcir el escándalo pasado; la segunda, qué debemos practicar para prevenir los venideros. Veámoslo con la mayor brevedad.

Respecto de lo pasado, á la vista está el remedio. Quien escandalizó con sus obras ó palabras, conviene que reedifique lo que destruyó, y que sea tal su actual comportamiento, que compense su anterior licencia. Conviene que, convertido de corazón á Dios, aparezca así á los ojos del mundo, y no haga como algunos que se avergüenzan de parecer buenos y ejercitar obras de piedad. Confésanse á escondidas, comulgan secretamente, y, hasta para oír la santa misa, casi desearían que volvieran los tiempos en que era forzoso celebrarla en las hondas catacumbas. No tal, hermanos míos, no puede sufrirse semejante timidez al que ha cometido pecados públicos. *Quae dicitis in cordibus vestris, in cubilibus vestris compungimini*¹. De los pecados que hicisteis en vuestro corazón, compungíos en vuestros aposentos, de-

Ex orden á lo pasado: públicos ejemplos de virtud.

a contrario de la conducta de muchos que se esconden.

y de los pecados secretos.

¹ Ps. IV, 5.

cía el profeta David, y eso os digo yo, y con ello me satisfago. Si pecasteis en el retrete de vuestros corazones, en lo secreto de vuestra estancia, *in cordibus vestris*, haced allí penitencia, arrepentíos allí y lavad con fervorosas lágrimas vuestra culpa; allí castigaos severamente, allí compungios de veras, pedid á Dios perdón y misericordia: *Quas dicitis in cordibus vestris, in cubilibus vestris compungimini*.

Mas otra penitencia se requiere, si vuestros pecados fueron á otros manifiestos. Preciso es entonces hollar resueltamente los respetos humanos y no tener para el bien la vergüenza que no tuvimos para el mal. Necesario es frecuentar las iglesias públicas, confesarnos en lugar público, comulgar en público, en una palabra, hacer penitencia pública y reparar los daños ocasionados y procurar devolver al Señor pública y descaradamente la gloria que descarada y públicamente le quitamos. Oid la voz del apóstol San Pablo á los Romanos: Así como entregasteis, dice, públicamente vuestros miembros para servir á la iniquidad, del mismo modo entregad ahora públicamente vuestros miembros para servir á la justicia: *Sicut exhibuistis membra vestra servire iniquitati, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae*¹. ¿Habéis notado la correspondencia de los términos? Así como entregasteis públicamente, así entregad públicamente. No le contenta en este caso la penitencia privada. Os mostrasteis públicos pecadores, mostraos públicos penitentes.

Confirmase por
explicción y

autoridad del
Apóstol.

Conclusión.

Respecto á lo
porvenir.

X

Y lo dicho valga para satisfacción del mal pasado. Para prevenir eficazmente el venidero, ¿cual será el medio más fácil, más llano y más seguro? Si me permitís que lo proponga, vedlo aquí. El medio más eficaz, y lo más hacadero al propio tiempo, es, á mi parecer, que todos los que tengan autoridad y gobierno prosperen y favorezcan á los buenos, y den la mano á los virtuosos, y los premien y levanten cuanto puedan; y á los viciosos y malos cristianos los dejen

¹ Rom., vi, 19.

sepultados en el olvido. Entonces, á fin de valer y levantar cabeza, procurarían, aunque tuviesen mala vida, tener buena fama; entonces, no sólo no harían alarde de sus atrevimientos, sino que los ocultarían; y el deseo de medrar y merecer la gracia de los hombres recabaría lo que no puede conseguir el temor de la desgracia de Dios.

¡Oh, si entendiesen los príncipes, tanto seculares como eclesiásticos, cuán á poca costa podrían mejorar la ciudad y el clero, y cambiar completamente su faz, pasmaríanse de su extraordinario poder! Que digan como David: *Oculi mei ad fideles terrae ut sedeant mecum*¹. Mis ojos en los fieles de la tierra para hacerlos sentar conmigo; que vale tanto como decir: que sepa todo el mundo que para con ellos no hay prenda que así recomiende á un sujeto como la virtud, ni cualidad que así le desacredite como el vicio; que no miran al favor, sino á los merecimientos; no á las intercesiones, sino á las obras; no al afecto, sino á la justicia; que se porten con esta dignidad sin aceptación de personas, y veréis que los más ambiciosos procurarán parecer y ser tenidos por más honrados.

Y lo que digo de las autoridades y personas de gobierno respecto de sus vasallos y feligreses, dígolo de los amos respecto de los criados, de los dueños y señores respecto de sus subordinados y dependientes, en las muestras de cariño y en el repartimiento de los cargos. Si inquieren en los suyos la virtud, dado que ellos no la tengan, más harán en beneficio público que, si teniéndola ellos, no la exigen en los otros sus gobernados. Y universalmente hablando, en todo gobierno grande ó pequeño, civil ó religioso, desde el momento en que consta que los bien quistos y los prosperados son los virtuosos, y los mal quistos y olvidados son los malos y escandalosos, queda atajada en gran parte, si no la práctica y ejercicio, al menos la publicidad y desenfrenamiento del pecado.

¹ Ps. c, 6.

efectos que se se-
guirían.

por testimonio y
prosopopeyáti-
ca;

supremas digni-
dades,

dignidades infe-
riores.

Consecuencia fi-
nal.

Arg. 9.º ANTI-
CIPACIÓN:

Seria fomentar
la hipocresía.

Resp. que no,
porque 1) la hipocresía es difícil á la larga?

por razón,

por autoridad,

a causa;

β) poco á poco se aficionarán á la virtud verdadera.

γ) al menos se impresionarán los escándalos.

consecuencia para los superiores.

XI

Pero diréisme, por ventura, que esto sería más bien fomentar la hipocresía que propagar la virtud, como quiera que para granjear fama de buenos basta parecerlo sin serlo de corazón. Por donde, llevados los hombres de ambición terrena, con que puedan encubrir sus malos siniestros, poco les importa corregirlos, y consiguientemente habrá en las ciudades muchos justos fingidos y contrahechos, pero pocos verdaderos y macizos. — No os dé pena este inconveniente. Es la hipocresía el vicio más difícil de practicar. Puédesse llevar la máscara por algún tiempo, pero no dura la ficción. La simulación misma de la virtud es ardua y cuesta mucho cuando falta la realidad. Y así encontraréis que son más los disolutos que los hipócritas. Tienen éstos lo amargo de la virtud, y no gustan de sus dulzuras inefables. Por esto, como afirma de ellos Teofilacto, aunque finjan alguna temporada, mas con el discurso del tiempo ellos mismos se descubren: *Licet ad tempus simulent, successu tamen temporis producuntur*. Son tantas las ocasiones de pecar, tan halagüeños los deleites, tan vivas las sugestiones, y nuestra naturaleza tan cortada para ello, que es imposible resistir á todos los encuentros por simples respetos humanos. Y cuando más, resistirán en las ocasiones ligeras, pero blandearán en las vehementes y prolongadas.

Con lo cual, ¿sabéis qué sucederá en sabiéndose en un gobierno que no se hace cuenta de la gente menos virtuosa? Que practicando las virtudes fingidas se aficionarán á las verdaderas. Comenzarán por fines torcidos y terrenos, y, prosiguiendo, fácil es que obren con más levantados pensamientos. Cuando no, se atajarán los escándalos, que es forzoso se vean donde no sólo es lícito ser malo, sino también de provecho. Ésta es la norma de los gobernadores cristianos, de los padres cristianos, de los amos y señores cristianos. Su Majestad esfuerce á los regidores del pueblo católico para que no se guíen por otro norte que las leyes de justicia.

¿Por qué, pues, he dicho lo que he dicho? ¿Sabéis por qué? Para deducir de esta doctrina un motivo de confusión y vergüenza. ¿Es posible que el amor de Jesucristo no pueda recabar de nosotros lo que logra tan eficazmente el temor ó estima de los hombres?, como dijo á semejante propósito San Agustín: *Quod a nobis extorquet hominis timor, deberet a nobis exigere Christi amor*. Si supiéramos que los que nos mandan en lugar de Dios, cualesquiera que sean, alejan de sí y de su gracia y valimiento á todos los que no profesan abiertamente la virtud, que á los tales no distribuyen los cargos, no admiten á los honores, no reparten los beneficios, todos procuraríamos aventajarnos en las virtudes cristianas. Y haciéndolo así Cristo nuestro Señor, ¿no será bastante, siquiera, á ponernos un freno en el corazón y un poco de vergüenza en la cara? ¡Oh dolor! ¡oh infamia! ¡oh baldón del cristiano!

¿Conque puede más una criatura que el Criador, la amistad humana que la amistad divina, una gloria ó interés caduco que la bienaventuranza inmortal? Pregona el Redentor del mundo su resuelta voluntad por boca de San Pablo, diciendo á todos sus vasallos que los malvados no poseerán el reino de Dios: *Iniqui regnum Dei non possidebunt*¹. Y ¡cuán pocos, no obstante, se apartan del pecado! Y especificando, exclama luego: *Neque fornicarii, neque adulteri, neque molles, neque masculorum concubitores, y ¡cuántos, á pesar de este pregón del Rey eterno, cuántos viven enlodados en estas carnalidades nefandas y profanan sus cuerpos, templos del Espíritu Santo! Y continúa el sagrado Apóstol: Neque fures, neque avari, neque ebriosi, neque maledici, neque rapaces*. Ni los ladrones, y con todo, ¡cuántas usuras, cuántas trampas y embustes en los contratos y comercios! Ni los avaros, y ¡qué de vilezas por un puñado de oro! Ni los glotonos y bebedores de vino, y ¡cuánta embriaguez, no obstante, cuánta destemplanza en los convites! Ni los maldicientes, y ¡qué de calumnias tan atroces! Ni los robadores, y, sin embargo de esto, ¡qué licencia no vemos en las rapiñas é injusticias!

para los súbditos. Transición á los afectos de vergüenza.

Más puede en nosotros el temor humano que el divino;

por semejanza a pari.

Aplicación confirmada por el Apóstol;

paráfrasis y peroración vehementes;¹⁶

afectos de rubor y confusión.

¹ 1 Cor., vi, 9.

Si un rey ó gobernante, tomando el texto mismo del Apóstol, y copiándole á la letra de su propio puño, lo mandase fijar en los sitios más públicos de las ciudades con sola esta variante: que donde el Apóstol dice *no poseerán el reino de Dios*, escribiese en su lugar: no poseerán mi amistad, *amicitiam meam non possidebunt*, no tendrán parte en mi privanza, no granjearán mi favor, no lograrán los cargos y dignidades, ¡qué enmienda tan notable se vería de todos los pecados que el Apóstol reprende! Cristianos, verdades son éstas muy ciertas y experimentadas, pero que no conviene inculcar demasiado para no dar pie á sospechar si de la fe de Cristo no queda en la tierra más que su cadáver.

por comparación
conjetural

y final de abrupto.



OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO DUODÉCIMO

«El primer orador que tiene la gloria de haber restaurado la elocuencia sagrada en Italia á su antigua majestad y hermosura, fué el P. Sèneri, que murió el 1694, y había abandonado el camino trillado casi cien años seguidos; bien que siempre conservó algunos resabios del estilo antiguo, como era regular.»

Así califica á nuestro orador D. Antonio de Capmany en el discurso preliminar á su *Teatro histórico crítico de la Elocuencia española*; y es cierto que no anduvo desacertado en llamarle por una parte restaurador de la antigua majestad y hermosura de la elocuencia sagrada, y por otra en atribuirle resabios de mal gusto. De ello tenemos un ejemplo en esta arenga ó sermón contra el escándalo. ¡Qué señorio de los corazones! ¡Con qué vehemencia aterra y persuade! ¡Cuán bien traído y explanado el fratricida de Caín y la desconfianza de Moisés! ¡Con qué magisterio allana el camino á la corrección y á la enmienda! Pero, en cambio, ¿qué mayor extravagancia que la de encabezar el sermón con la historieta del anillo de Giges? Sin duda á sus oyentes les debería parecer de perlas, mas á nosotros nos parece detestable. Creemos que, sustituyendo lo que en el texto va entrecorado, se conserva todo el efecto del conjunto; que es declarar cómo los pecadores públicos son peores que los mismos hipócritas, con ser éstos tan aborrecibles á los ojos de Dios.

Por no abultar demasiado esta colección, suprimimos ordinariamente los trozos más inficionados de mal gusto; porque ¿de qué sirve entretener el tiempo en lecturas impertinentes, que luego hay que borrar de la memoria? Mas, para muestra, queremos trasladar algunas cláusulas de este exordio. Helas aquí literalmente traducidas:

«Uno de los hombres más envidiados que tuvo la antigüedad, fué, si yo no me engaño, aquel Giges que por la virtud, ciertamente más mágica que natural, de un cierto anillo puesto en un dedo, se hacía de tal manera invisible á los circunstantes, que podía libremente cometer cualquier

delito sin vergüenza en su rostro ni temor en su corazón. Por extremo envidiado debió de ser, según yo conjeturo; porque si es propio de cualquier malhechor desear ser desconocido, ¿cuánto habrían pagado por tener en la mano ese anillo misterioso, como una noche portátil á su mandar? Ciertamente, yo me imagino que si Giges, alentado de aquella impunidad, vió á una reina condescendiente, mató á un rey desprevenido, y de vil pastor que era, llegó á hacerse, como refiere Platón¹, señor de Lidia; otros más viciosos que él no hubieran dejado castidad intacta, ni tesoro seguro, ni émulo sin venganza; sino que, soltando la rienda á sus pasiones y desahogando todos sus apetitos, hubieran desenrenadamente inficionado todo el mundo de impurezas, de latrocinios, de sangre. Con todo eso, oyentes míos, os diré claramente mi parecer. Si semejante anillo se pusiese hoy en venta en las plazas ó mercados del pueblo cristiano, Dios sabe si acudirían muchos á comprarlo, no sólo aunque se les ofreciese por cantidad módica, pero aunque se diese á precio vilísimo. ¿Y por qué? ¿porque los cristianos huyen de pecar, ó porque saben que, quien peca, en vano procura esconderse de los hombres, no pudiendo esconderse de Dios? Pluguese al cielo que fuese ésta, oyentes, la verdadera razón. La razón es... porque el día de hoy los cristianos no temen obrar mal aun á cara descubierta, aun á la luz del medio día; y están tan lejos de afanarse por ocultar las propias maldades, que antes se precian de ellas».

Arte de enseñar y convencer.—Como el fin no es precisamente hacer que no pequen, mas que no pequen en público y á cara descubierta, saca los argumentos de dos fuentes muy fecundas, de la naturaleza del hombre y de la condición de Dios. El hombre, despojado de la vergüenza de pecar, casi es imposible que se convierta; Dios, ofendido pública y descaradamente, casi es imposible que se deje inclinar al perdón. Luego estás desahuciado de remedio. Así razona en la primera parte. La segunda es meramente expositiva, pero de gran fuerza. Porque, de tres operaciones distintas que abraza la tarea de convencer, que son: exposición, confirmación de los argumentos y refutación de las dificultades, la más noble y la más fructuosa, en la generalidad de los casos, es la simple exposición con que aparece la verdad en toda su hermosura y resplandor. Aquí, sobre todo, cuando ya los ánimos están resueltos y abominan del escándalo, amontonar más pruebas sería poner dolo en la convicción de los oyentes y comprometer el fruto de la primera.

¹ De Rep., dial. 2.

Arte de agradar y conciliar los ánimos.—En el exordio, desvía y tuerce el razonamiento contra los ausentes escandalosos, y pide la cooperación de los que oyen para detestar semejante abuso; si así lo hiciera, por ventura, se haría odioso desde el principio y le cerrarian los oídos y el corazón. Esmalta el discurso con ejemplos continuos de la Escritura, que maneja con gracia imitable; nos lleva á los campos, cultivados por los primeros hombres; y vemos el rostro turbado y sentimos las palpitaciones y sobresaltos del fratricida Caín; súbenos al cielo y contemplamos la arrogancia de Luzbel; trasládanos al desierto, y asistimos á las perplejidades de Moisés y á las rebeldías de un pueblo tumultuoso; acompañanos por toda la tierra de cristianos, y en ella vemos deshonrado el nombre de Dios y desacatada la divina Majestad, con escándalo de los mismos gentiles. En este como cambio de escenas está escondido incomparable deleite, y no es ilícito al orador valerse de él con discreción, para traer embebecido al auditorio, como á los simples pececillos con el cebo.

Arte de conmovier.—El afecto principal es aquí el terror de la justicia divina y el temor de condenarse, si el escándalo no se ataja. Porque dos han de cooperar á la salvación: el pecador, avergonzándose, y Dios, desenojándose; pero esto ¿cómo ó cuándo podrá tener lugar en los escandalosos? Y así exclama: «¡Ay de sus almas! ¡ay de sus almas!, porque con grande castigo han sido castigadas... Más que víctimas son menester para aplacarme... Pronto llevarás tu merecido... ¿No sientes retemblar tu suelo y vacilar tus murallas? Ves aquí los caldeos, oye el relinchar de los caballos que vuelan contra ti á desagraviar mis ofensas. No me importan tus sacrificios, asco me da el estiércol de tus solemnidades, y me hieden tus holocaustos. Sangre quiero, y en tus ruinas sepultaré mis agravios».

Templa estos sentimientos con otros más nobles, como el de vergüenza, de compasión, de celo ardiente de la salvación de las almas y de la gloria de Dios, que ve menoscabada por los públicos pecadores.

